

## SUMARIO

*Mando de ametralladoras*, por Manuel Burguete, comandante de infantería.—*Recuerdos del ejército italiano*, por Rafael Marín del Campo, capitán de ingenieros.—*La carrera del oficial de Estado Mayor alemán*.—*La fortificación y la ofensiva*.

### BIBLIOTECA

Pliego 22 de «Geografía Militar de Marruecos», por D. Antonio García Pérez.  
Pliego 20 de «Napoleón, jefe de ejército» (2.º tomo), por el Conde Yorck de Wartenburg.  
Pliego 3 de «Un año en el Ejército italiano», por D. R. Marín del Campo.  
Pliego 3 de «Infantería Ciclista», por D. Carlos Quintana Palacios.

---

### MANDO DE AMETRALLADORAS

En el acta reglamentaria que, como final al primer curso de información de jefes que ha tenido lugar en el mes de noviembre último, en la Sección de Infantería de la Escuela Central de Tiro, ha sido firmada por todos los comandantes que al mismo han asistido, se sientan dos conclusiones de verdadera transcendencia para el arma de infantería.

Una de ellas, y de la que nos ocuparemos en próximo artículo, es referente á la necesidad de que sea subdividida la actual unidad de fuego (sección) en sus submúltiplos tácticos. Y la otra, de la que vamos á ocuparnos en estos renglones, es referente á que las unidades de fuego y tácticas, de ametralladoras, constituidas por las secciones, con tres máquinas en lugar de dos como tienen hoy, y al mando de un oficial subalterno, dependan, para su empleo táctico en el combate, de los jefes de los batallones, al igual que una cualquiera de sus cuatro unidades de combate (compañías), en lugar de depender, según lo mandado hoy, de los generales comandantes de las brigadas de infantería.

Hemos dicho la sección de tres máquinas en lugar de dos; y en ese sentido ha sentado muy bien su premisa la Escuela de Tiro de infantería, teniendo presente: que el fuego debe siempre hacerse simultáneamente por dos ametralladoras; y que debe quedar siempre la tercera en disposición de entrar en funciones, á la menor interrupción, sumamente fácil y frecuente, de cualquiera de ellas.

Creemos que á nadie se le ocurrirá pensar pueda irse con una sola máquina, como unidad táctica y de tiro, á parte alguna, fuera del caso excepcional de un blokaus ó fortín, en los que puede emplazarse una sola ametralladora, ó aun dos, para coadyuvar á la defensa de su fusilería. Como



ya hemos dicho, tres deben ser, unidas indisolublemente, las máquinas que constituyen ya reglamentariamente la línea é indivisible unidad de fuego y táctica, correspondiente á las ametralladoras.

¿Puede pensarse sean estas ametralladoras una cuarta arma de combate? De ninguna manera. Y este es el argumento principal á aducir para que no dependan del alto mando.

Ensayadas estas máquinas de guerra casi puede decirse por primera vez en la campaña franco-alemana, allí mismo sufrieron su primer descrédito. Y este fracaso fué debido, no tanto á que todavía era un arma imperfecta, constituida por cañones múltiples, cuanto por haberlas querido emplear en reemplazo de la artillería; es decir, como un arma hermana del fusil, al cual ayudaba al igual que el cañón, sin haber visto que la ametralladora nada tiene de común con el cañón, ni su empleo con el empleo de la artillería; que son casi independientes en sustancia y esencia; y que la ametralladora no es mas que, sintéticamente, una infantería concentrada, en la que cada máquina lleva en sí los elementos que pudiéramos llamar de abstracción y concurrencia de varios fusiles.

Es, por consiguiente, la ametralladora, solo una continuación de la infantería; sangre de su sangre, y de empleo exclusivamente ocasional, como ahora veremos.

Frecuentemente, en un punto cualquiera de la línea de fuego de la infantería se producirá un momento en que convendrá rápidamente aumentar el fuego, á expensas de un mayor acumulamiento de fusiles. Claro está, que si para esto echamos mano de las fuerzas de los escalones de retaguardia, llevándolas á la línea de fuego, tendremos resuelto el problema. Pero esta incrementación de tiradores armados de su fusil, no se hará con la rapidez que se deseara, y además origina generalmente un aumento del frente ó densidad de la línea, que podrá no convenirnos.

¿Cómo conseguir, pues, este objeto, sin emplear hombres, lentos en su total desenvolvimiento, y sin que se altere la extensión y densidad de la guerrilla? Pues con el empleo de las ametralladoras, las que sin apenas ocupar espacio, acumulan el valor de un gran número de fusiles puestos puestos en caballete, ó manejados por soldados muy excelentes.

Pero pasados estos momentos: aparición repentina de una caballería en el frente enemigo; acumulación de fuerzas en un punto; preparación del paso de un obstáculo, etc., etc; ocasiones de todos conocidas, y que son puramente circunstanciales é independientes de las fases regulares y paso á paso, del desarrollo del combate, en las que también un momento de gran intensidad de fuego, puede tener aplicación; pasados estos momentos, repetimos, en que fueran necesarios sus servicios, deberán permanecer calladas y en espera de un nuevo momento de su empleo, sin que embaracen nuestros movimientos, como los dificultaría la acumulación que hubiésemos podido hacer de más soldados.



Vemos, pues, que dos son solo los únicos elementos hermanados que integran el fuego en el combate: infantería y artillería; y dentro de la primera, las ametralladoras.

La artillería habla sola mientras la infantería en su marcha no entra dentro de la zona del alcance de su arma. Y cuando á la infantería ya le tocó hablar, la artillería, en relación ya directa con ella, y por sus *baterías de acompañamiento*, á las órdenes inmediatas entonces de los jefes superiores de la infantería, le preparan el avance, y cuando se atasca, con sus ráfagas acuden á desatascarla.

Es, pues, la cooperación del cañón á la labor del fusil, de todos momentos; hasta que ya la línea de fuego se encuentra á seiscientos metros, que razones de seguridad aconsejan su cesación.

El querer, pues, asimilar, por olvido de estas diferencias, la ametralladora con el cañón, hizo, indudablemente, en el extranjero, é hizo en nosotros á raíz del empleo de las nuevas máquinas de un solo cañón, con repetición automática, que diésemos el mando de estas máquinas de guerra, bajo su aspecto táctico, al alto mando de la infantería, ó sea, á los generales de brigada, al igual que si fuese artillería de acompañamiento.

Reforzada la primera división orgánica de nuestro ejército hace tres años, y dotado cada regimiento de ella de una sección de ametralladoras á dos máquinas, con las dos secciones de los dos regimientos de cada brigada se constituyó, á las órdenes de un capitán, un grupo de ametralladoras, que dependía solo en el concepto táctico y de instrucción de los jefes de las brigadas.

Suprimido poco después el capitán y el grupo, quedan, y siguen sin embargo dependiendo las dos secciones de ambos regimientos, también bajo su aspecto táctico en el combate, solo del jefe de la brigada.

Este es un error manifiesto, que ya ha sido subsanado en muchas naciones y que ya es hora de que lo enmendemos y corriamos nosotros.

Como ya hemos dicho al principio y repetimos ahora, la sección de ametralladoras debe ser del batallón; debe haber una por batallón de infantería.

“Siendo la unidad táctica por excelencia el batallón, y siendo el regimiento y aun la brigada (no independiente), sino encuadrada en la división, solo múltiplos de este batallón, sin constituir por sí unidades tácticas nuevas, si las ametralladoras dependen del jefe de la brigada, resultará: que al ser el frente de ella tan grande que no es posible abarcarlo con la vista, en el sector asignado á uno de los batallones de la línea de fuego se producirá la crisis que determinará el empleo de las mismas, y mientras se da cuenta al general de esta necesidad, pidiéndole el concurso de ellas, y éstas llegan, habrá pasado el momento y ya no serán necesarias.. Así reza el informe de los comandantes.

En cambio, ¿qué diferencia, siendo dependientes del batallón! Al ser es-



te una unidad mucho menor, colocada en el escalón de refuerzo al principio del combate, y ya armadas y desmontadas de los mulos (mientras no se usen otras más portátiles), y en disposición de ser trasladadas á brazo á la línea de la guerrilla, el jefe ve, ó los capitanes le indican, el sitio y momento de su empleo.

Son entonces trasladadas rápidamente á primera línea, y un oficial dirige el fuego en la forma que él estima y sobre el objeto que se le designa.

Y ya luego en el último periodo de la lucha, cuando se está á distancias pequeñas, colocadas constantemente en la guerrilla, su comandante las emplea en todos los casos que cree, y que ya entonces serán más numerosos.

Se ve, pues, cómo por un resto de atavismo sigue esta máquina de guerra, por muchos llamada infantería concentrada, en poder del alto mando, en lugar de depender, como hemos dicho, de la unidad táctica, batallón.

Ahora se dice, y creo en presupuesto está consignado, la existencia del grupo de ametralladoras, al mando de un capitán, uno por regimiento, y constituido por dos ó tres secciones.

¿Y vamos á entrar ya por el buen camino? Dios quiera que así sea; pero tengamos cuidado cómo obramos nuevamente, no sea que salgamos de Herodes y entremos en Pilatos; y decimos esto á propósito del grupo mandado por el capitán; que este mando debe ser solo administrativo y en el concepto de unidad de la instrucción. Pues si no había razón, según hemos expuesto antes, para que el jefe de la brigada tuviere á sus órdenes este grupo de ametralladoras, tampoco la habrá ahora para que esté á las órdenes del coronel del regimiento en concepto táctico.

Al tomarse el orden de combate, el grupo debe desaparecer. Cada sección debe marchar con su batallón y á las órdenes de su teniente coronel.

Hay que desechar la imágen sugestiva y fantástica que nos represente á un capitán por orden del coronel haciendo entrar en batería, á su voz, á esta batería de ametralladoras.

No debe existir más reglamento táctico que para la sección. Como ya hemos dicho y repetimos, el mando del capitán debe ser sólo administrativo y de unidad de instrucción.

¿Qué es desairado en el combate, el papel de su capitán del grupo, que nosotros llamaríamos más propiamente compañía de ametralladoras?

Nada de eso. Quedará á las órdenes del coronel para darle la ocupación que él estimase. ¡Y á fe que en el combate hay ocasiones y cosas, en que puede ser empleado sin mermar atribuciones de otros!

MANUEL BURGUETE  
Comandante de Infantería





## RECUERDOS DEL EJÉRCITO ITALIANO

*La telegrafía óptica*

Dos características ofrecen los ejércitos modernos que, lejos de ser contradictorias como á primera vista pudiera parecer, se complementan mutuamente, y son: la especialización y la enciclopedia



Los crecientes progresos de la técnica hacen imposible á un solo hombre poseer como es debido todos los conocimientos que comprenden las diversas ramas de las profesiones del Artillero ó del Ingeniero militar. He



ahí porque tales carreras en unos Ejércitos ya se encuentran divididas, y en otros, como el Italiano, no tardarán en estarlo.

Por el contrario, la exclusiva técnica, por decirlo así, ó expresándolo de otro modo, el hecho de que una tropa de cualquier Arma tenga que cruzarse de brazos y no pueda operar con desenvoltura mientras no acuda en su auxilio un núcleo de fuerzas técnicas para proveer á cada nueva necesidad, ha dado origen á tan graves inconvenientes que hoy es principio universalmente admitido que las diferentes unidades deben bastarse á sí mismas en la medida de lo posible.

De aquí que se dote de herramientas, teléfonos, telégrafos, explosivos y demás medios auxiliares á tropas de distintas clases. Con ello en nada se perjudican las Armas técnicas que, por el contrario, ven aumentar rápidamente su importancia relativa cualitativa y cuantitativa á medida que á las otras Armas se les proporcionan esos elementos de que antes carecían.

La figura intercalada da idea del aparato óptico con que cuenta la renombrada infantería alpina italiana. Es debido al general Faini del Arma de Ingenieros y, aunque más reduce, casi igual al reglamentario para éstos, también del mismo inventor, á cuyos pacientes esfuerzos, debidamente apoyados por compañeros y superiores, debe aquel Ejército la envidiable altura á que ha colocado sus servicios de telegrafía óptica, cuyos detalles técnicos y orgánicos son verdaderamente dignos de estudio.

RAFAEL MARÍN DEL CAMPO.  
Capitán de Ingenieros.



## LA CARRERA DEL OFICIAL DE ESTADO MAYOR ALEMÁN

(Conclusión)

Todos los asuntos que competen á un mando de cuerpo de ejército están repartidos en cuatro secciones, dependientes del Jefe de Estado Mayor del cuerpo de ejército, á saber: Sección primera, Estado Mayor; Sección segunda, Adjutantur; Sección tercera, justicia militar; Sección cuarta, intendencia, sanidad militar, veterinaria y clero castrense.

La sección primera, que comprende los dos ó tres oficiales de Estado Mayor (denominados Ia, Ib y eventualmente Ic), trata de los siguientes asuntos, relacionados con la preparación para la guerra: marchas, acantonamientos, ejercicios y maniobras, elección de terreno para las maniobras; viajes de Estado Mayor y trabajos tácticos; movilización, trasportes por vía férrea; asuntos políticos; fuerza, estado y distribución de los ejércitos extranjeros vecinos; reglamentos ó instrucción táctica de las diferentes armas; cuestiones de organización militar; armamento de las plazas fuertes; cartas, reconocimientos; trabajos de invierno de los oficiales y asuntos relativos al desarrollo de su instrucción.



La sección segunda, que comprende los dos ó tres oficiales de la Adjutantur, más un jefe retirado, se ocupa en lo siguiente: órdenes diarias, servicio de guarnición; situaciones é informes; tribunales de honor, personal de oficiales y tropa; asuntos disciplinarios, condecoraciones; servicio interior de los cuerpos; reclutamiento y administración de las reservas; exenciones; inválidos; caballos; armas; municiones.

Esa distribución no es siempre la misma, ni invariable, pues puede ser modificada por el comandante del cuerpo de ejército. Los trabajos de la sección primera, encomendados al más antiguo de los oficiales de Estado Mayor, principalmente los de movilización y maniobras, son los más importantes del cuerpo de ejército, y los que envuelven más responsabilidad.

Aunque la situación del oficial á quien incumben es algo menos independiente que la del oficial de Estado Mayor de una división, se encargan de ellos los oficiales de Estado Mayor más antiguos y que han servido antes en una división. Cuando falta un oficial por enfermedad ó licencia, le reemplaza el otro oficial de la misma sección. Del mismo modo, cuando en el Estado Mayor de un cuerpo de Ejército, el Jefe de Estado Mayor y el oficial más antiguo (que es siempre un comandante) se encuentran temporalmente ausentes, reemplaza al Jefe el otro oficial de Estado Mayor, aunque los de la Adjutantur sean más antiguos; al contrario, si uno de los de la Adjutantur es de mayor categoría que el oficial de Estado Mayor disponible, es él el que reemplaza al jefe.

En la división, la distribución de los asuntos entre el oficial de Estado Mayor y el de la Adjutantur, corresponde al reparto de las secciones I y II del cuerpo de Ejército. Pero el oficial de Estado Mayor no tiene los mismos derechos y deberes que el jefe de Estado Mayor de un cuerpo de ejército, porque no es más que el jefe de su sección, y sólo cuando es de mayor categoría ó antigüedad que el oficial de la Adjutantur asume la dirección general del servicio; la responsabilidad del buen funcionamiento le incumbe á él entonces, sin que por eso deba intervenir en la solución de los asuntos encomendados á la Adjutantur.

Gracias á la costumbre tradicional y á estar marcadas perfectamente las atribuciones del Estado Mayor y de la Adjutantur, no se da el caso de que ocurran disidencias entre uno y otra. El oficial de Estado Mayor lleva en sus asuntos el nombre del comandante en jefe.

En ciertos casos, el oficial de la Adjutantur puede ser llamado á reemplazar al de Estado Mayor, lo que acontece con bastante frecuencia en la división. Este inconveniente se encuentra atenuado por el hecho de que, frecuentemente, el oficial de la Adjutantur procede también de la Academia de Guerra, y posee, por lo tanto, un conocimiento bastante completo del servicio del Estado Mayor. Pero la verdad es que nada hay mandado sobre los oficiales de la Adjutantur, los cuales, á veces, provienen de los ayudantes de batallón ó regimiento.



Después del periodo que pasa como Kommandiert en el Grande Estado Mayor de Berlín, y que ha sido ascendido antes que sus compañeros del ejército á capitán, el oficial de Estado Mayor continúa provisionalmente en la sección del Grande Estado Mayor en la que hizo las prácticas. Poco después, se presenta la cuestión de si ha de continuar perteneciendo á dicho elevado centro ó ha de ser destinado á un Estado Mayor de tropas. La mayoría de los jóvenes oficiales desean ir á un Estado Mayor de tropas, pero esto es imposible, y algunos han de prolongar su estancia en el Grande Estado Mayor.

De todos modos, los oficiales que no han salido del Grande Estado Mayor, son siempre destinados á pasar una temporada en los Estados Mayores de tropas, para conocer el servicio, aprender sus necesidades y el modo de satisfacerlas, y conocer prácticamente las relaciones del Estado Mayor con las tropas. Todos, sin excepción, han de pasar por esos Estados Mayores.

Llegado al cuerpo de ejército al que ha sido destinado, el oficial toma la denominación Ib, eventualmente la Ic, y se le encomiendan los asuntos menos importantes de la sección; al mismo tiempo viene á ser una especie de adjunto del jefe de Estado Mayor, á quien secunda en todo lo relativo á los trabajos de instrucción de invierno y la preparación de los viajes de Estado Mayor del cuerpo de ejército. A veces acompaña al general comandante en sus diferentes inspecciones, así como á las maniobras y ejercicios; los oficiales de Estado Mayor y los de la Adjutantur alternan entre ellos para esos servicios.

Como adjunto del jefe, el oficial no tarda en ponerse al corriente del conjunto de los asuntos. Por regla general, el servicio diario se verifica del modo siguiente: Todas las cartas y documentos que llegan destinados al cuerpo de ejército se reciben muy temprano por el jefe de Estado Mayor, quien abre el correo y distribuye los asuntos entre las diferentes secciones. Los asuntos y comunicaciones más importantes son antes presentadas al general comandante. Cuando el oficial de Estado Mayor llega á su oficina, encuentra ya preparada su labor; no le queda más que empezar el trabajo, preparar las órdenes y notas, estudiar los métodos para resolver los problemas que se presentan. Todo asunto importante es marcado por el jefe de Estado Mayor con una "R", lo que quiere decir que el jefe desea tratar directamente y de palabra aquel asunto con el oficial, para indicarle su opinión y guiarle antes de que comience á trabajar. Todo asunto, una vez tratado, es presentado al jefe de Estado Mayor y aprobado por él antes de ser sometido á la sanción y firma del general comandante. Si el oficial tiene sobre cualquier materia una opinión diferente que el jefe de Estado Mayor, tiene el deber de exponer y defender su punto de vista, pero ha de resolver el asunto del modo que le mande su jefe.

La orden general, que en principio tiene lugar tres veces por semana,



en el domicilio del general comandante, da también al joven oficial facilidades para instruirse en la marcha de los servicios de intendencia, justicia, etc., y cada oficial expone las cuestiones que le conciernen, dando después á conocer su resolución al general comandante.

La participación del nuevo oficial de Estado Mayor en los trabajos de invierno y en el viaje anual de Estado Mayor del cuerpo de ejército, contribuyen también á completar su instrucción militar. Los trabajos de invierno versan frecuentemente sobre el funcionamiento de los servicios de retaguardia, sobre la alimentación, abastecimientos y evacuaciones, y el servicio de etapas. El viaje de Estado Mayor del cuerpo de ejército, ejecutado bajo la dirección del jefe de Estado Mayor, dura de quince á veinte días; todos los oficiales de Estado Mayor del cuerpo de ejército, tanto los que están destinados en él como los Kommandiert enviados por el Grande Estado Mayor de Berlin, los oficiales de la alta Adjutantur, y algunos de tropas, en particular los que desean ser destinados á la Adjutantur ó nombrados profesores, y los que parecen destinados á ser ascendidos por elección, asisten á esos viajes. De este modo, el viaje anual de Estado Mayor reúne oficiales que en el servicio ordinario no están en contacto, y contribuye tanto á la instrucción de todos ellos como á estrechar los lazos de compañerismo y encender el mismo espíritu en todos. Durante los viajes de Estado Mayor, se estudia la dirección de la división dentro del cuerpo de ejército, entrándose en todos los detalles del empleo de la división y del funcionamiento del Estado Mayor en la división y el cuerpo de ejército, y se extiende al estudio de los movimientos y operaciones de ejércitos enteros.

El jefe de Estado Mayor no tarda en formar un juicio definitivo sobre el nuevo oficial, y este no deja, por su parte, de mantener el contacto con el Grande Estado Mayor. En efecto, además de participar los oficiales de los Estados Mayores de tropas en ciertos trabajos tácticos ejecutados bajo la dirección del jefe de Estado Mayor del Ejército, los oficiales de Estado Mayor de tropas pueden ser llamados para determinadas labores al Grande Estado Mayor. En resumen, el oficial de Estado Mayor aunque esté en un cuerpo de tropas, viene á resultar como destacado del Grande Estado Mayor, con cuyo centro está en continua relación.

A los dos ó tres años de servicio en un Estado Mayor de cuerpo de ejército como oficial Ib ó Ic, el oficial vuelve habitualmente á un cuerpo para tomar el mando de una compañía, escuadrón ó batería. No hay reglas fijas para la duración de esos mandos; en principio, todo oficial de Estado Mayor presta servicio en un cuerpo en todos los empleos. La duración depende del jefe de Estado Mayor del ejército, cuyas propuestas son sometidas directamente al Emperador. En general, los capitanes de Estado Mayor pasan tres años como comandantes de una unidad antes de volver de nuevo al Estado Mayor, pero en ese tiempo no dejan de estar en relaciones con el Estado Mayor.



La vuelta al Estado Mayor después de un mando de unidad depende del jefe de Estado Mayor del ejército y es el Emperador quien decide. No existe derecho para reingresar en el Estado Mayor, porque todo depende del modo de servir el oficial. La emulación que resulta de esa constante incertidumbre, contribuye á desarrollar la actividad y celo del oficial, y á que esté siempre en la mejor aptitud, lo mismo física que intelectual y moral.

Llamado otra vez al Estado Mayor después de haber mandado una unidad, el oficial puede ser destinado á Berlín ó á un Estado Mayor de tropas, y en este caso á una división, siempre que sea posible. La situación de oficial de Estado Mayor es muy solicitada, porque es muy independiente y abundante en responsabilidades. Es el único de su clase en toda la división, no tiene jefe y está en constante contacto con el jefe de la división. Generalmente no ha de ocuparse en asuntos de movilización, pero en compensación la instrucción de las tropas ofrece ancho campo á su actividad. A él le corresponde preparar y organizar las maniobras, según las instrucciones que recibe, y en este cometido se le presentan muchas ocasiones para demostrar si es capaz de contribuir á dar una buena orientación, sin desatender las necesidades de las tropas; ha de organizar también los viajes de inspección del general.

De ordinario, durante el desempeño de oficial de Estado Mayor de una división llega su ascenso á comandante. Su ascenso á capitán lo ha obtenido uno ó dos años antes que sus compañeros de la misma antigüedad, y el ascenso á comandante acentúa todavía más esa ventaja, porque tal ascenso tiene lugar por antigüedad dentro del cuerpo de Estado Mayor. Generalmente, el avance es de unos cuatro años. El ascenso, á partir de comandante, tiene lugar en todo el ejército y no dentro de cada arma en particular.

Como comandante, el General Stabler, sino es llamado al Grande Estado Mayor ó empleado en el Estado Mayor de una división, es destinado de oficial Ia al Estado Mayor de un cuerpo de ejército. En sus nuevas funciones ha de ocuparse en la preparación de las maniobras y en la movilización, labor difícil que exige mucha actividad, constancia y talento. A los pocos años vuelve al ejército para tomar un mando activo.

Los más de los Generalstabler terminan entonces su carrera de Estado Mayor, pero los que más se han distinguido vuelven al Estado Mayor, sea como jefes de Sección en el Grande Estado Mayor, sea como jefes de Estado Mayor de un cuerpo de ejército: los primeros son tenientes coroneles ó coroneles, lo mismo que los segundos. El jefe de Estado Mayor de un cuerpo de ejército ocupa uno de los puestos militares de más influencia personal, porque en principio el general comandante le consulta para todos los asuntos y resoluciones que ha de tomar. Antes de ascender á general de brigada un coronel, jefe de Estado Mayor de un cuerpo de ejérci-



to, deja sus funciones para tomar el mando de un regimiento; su carrera de Estado Mayor termina entonces, salvo el caso excepcional de ser nombrado más tarde subjefe del Grande Estado Mayor, ó el más excepcional todavía, de ser destinado como general de brigada jefe de Estado Mayor de un cuerpo de ejército.

De la diversidad de las funciones desempeñadas por el oficial de Estado Mayor, todas susceptibles de desarrollar su instrucción y sus cualidades militares, resultan frecuentes cambios de destino que promueven una especie de circulación continua entre los miembros y el cerebro, y gracias á los cuales la doctrina conserva todo su unidad y ningún elemento escapa á la influencia de la cabeza. El sistema en nada se opone al trabajo individual, antes al contrario le guía por el buen camino, le ayuda, le estimula y le alienta. Exige, en compensación, una grandísima actividad, una inteligencia siempre despierta.

En teoría, el hecho de haber pertenecido al Estado Mayor no influye en el ascenso al generalato. En la práctica, el oficial de Estado Mayor cuya carrera ha tendido á asegurarle el desarrollo de los conocimientos y de las cualidades militares, y que por otra parte se encuentra en situación muy ventajosa en el momento de ser ascendido á comandante, tiene muchas más probabilidades de alcanzar las estrellas de general. Si el paso por la Adjudantur ó por ciertas funciones especiales mejora también el porvenir militar, es en una medida mucho menor. Sabido es que la mayoría, sino todos, de los mejores jefes militares á quienes Alemania debe los triunfos de las campañas de 1864, 1866 y 1870-71, habían adquirido su instrucción militar en la Academia de Guerra, y luego perfeccionado y profundizado esos conocimientos por el cumplimiento de sus funciones de auxiliares del alto mando y por su frecuente contacto con el Grande Estado Mayor, antes de llegar, á causa de una selección nunca interrumpida, á los puestos más elevados de la milicia.



## LA FORTIFICACIÓN Y LA OFENSIVA

Extractándolo de un periódico alemán, la "Rivista di artiglieria e Genio", da á conocer un artículo debido á la pluma del teniente general von Bessler y dedicado á la materia que encabeza estas líneas. Las ideas principales del mismo las exponemos á continuación.

La ofensiva es el camino de la victoria; la defensiva triunfante no es más que la preparación para la victoria, pero no la victoria completa.

El empleo de la artillería sucedió á los tiempos en que la principal forma de combate era el personal, lo cual motivó que aquella arma fuera considerada con cierto menosprecio, porque no implicaba valor su uso y



causaba bajas á distancia. Pero más todavía que la artillería el arte del ingeniero fué deficiente durante largo tiempo y era objeto de aversión ó poco menos.

Todavía ahora es bastante general el error de considerar al ingeniero como el constructor de obras de fortificación, y se le tiene más como técnico que como soldado. Y no para ahí el error, puesto que llega á no ver en el ingeniero más que la representación de la defensiva.

Indudablemente se ha abusado mucho de las plazas de guerra, y se las ha empleado de un modo vicioso contra lo que demandaba el interés del ejército; pero no porque se emplee mal un instrumento hay que condenarlo, porque si tal principio se admitiera, habría de abogarse contra la caballería á causa de lo mal que se la utilizó durante la guerra en 1866. En cuanto á la artillería, poco antes de la guerra mencionada no estaba ligada á las grandes unidades y en tiempo de paz los generales apenas se interesaban por ella, de modo que permanecía aislada y su empleo, considerado como algo misterioso, estaba á cargo de los comandantes y jefes de la artillería, cuyas miras no siempre estaban de acuerdo con el modo de ver de los generales de las grandes unidades. Esta costumbre funesta se prolongó hasta bastante después de la guerra de 1870—71, sin que á nadie se le ocurriera reducir el número de baterías, ni mucho menos relegar á segundo término esa arma; al contrario, las deficiencias observadas fueron motivo para que se estudiase y ensayase el modo de corregirlas, hasta llegar al estado actual.

Lo mismo puede decirse de las fortalezas. El ejército alemán no sabía emplearlas ni sacar de ellas el partido debido.

Las fortalezas modernas no tienen más que en un sentido limitado por objeto el asegurar la posesión de un lugar determinado. La caída de una plaza tampoco decide el éxito de una guerra, aunque puede influir seriamente en la situación política y militar.

Si antiguamente al construirse una plaza se tenía en cuenta ante todo las condiciones locales, ahora el constructor ha de considerarla como parte del sistema operativo y tratar cada fortaleza según su importancia con respecto á las demás. En el sistema de fortificación de un Estado se reflejan los principios de su método de conducir la guerra.

Podría parecer que en un país como el nuestro, en el que la ofensiva predomina y que se inspira en llevar la guerra al país enemigo, huelgan las plazas fuertes, pero no es así. Aún en el ejército mejor organizado, ha de trascurrir siempre cierto tiempo desde que se comienza la movilización hasta que se está en estado de iniciar las operaciones, y es absolutamente indispensable que en este lapso de tiempo se tengan perfectamente guardadas las comunicaciones: A las fuerzas móviles prontas á entrar en campaña, les son muy útiles las fortificaciones, no ya como una especie de obstáculo á modo de muralla de la China, sino como puntos de apoyo



para asegurar las comunicaciones, los ferrocarriles, y los puntos de paso. Las fortificaciones fronterizas tienen todavía otro objeto, cual es el de servir para cubrir la movilización y tener abiertos los pasos para invadir el país enemigo, especialmente cuando cerca de la frontera hay un gran río; el paso de una corriente caudalosa es siempre una operación difícil y crítica, y constituye el punto preliminar para tomar una enérgica ofensiva.

En todos los casos, las fortificaciones fronterizas bien defendidas constituyen un precioso medio para ganar tiempo y fuerza, y mejoran las condiciones del terreno favoreciendo las operaciones propias. La importancia de tales fortificaciones puede ser casi decisiva para el ejército atacante, y no se comprende como hay quien sostiene que dichas plazas están en contradicción con la ofensiva.

Por fuerte que sea un ejército no puede contarse de antemano con la victoria, y es menester tener previsto el caso de que la suerte sea adversa, porque la guerra encierra muchos misterios.

Los pequeños Estados pueden atenerse á la máxima de la posición central, en la cual se concentren las fuerzas militares para dar tiempo á que intervenga otra potencia en su ayuda. El sistema de fortificaciones de una gran potencia tiene otro objeto: establece una barrera en la frontera, para que el ejército enemigo se vea detenido si el propio fracasa en el primer ataque y ha de replegarse; cuanto más fuertes sean las fortificaciones fronterizas tanto más respeto infunden al adversario, tanto mayor es la cantidad de fuerza latente que se posee y tanto más grande la libertad de acción que posee el ejército. No se trata de una retirada detrás de los muros de una plaza, sino únicamente buscar la protección de la fortaleza, interponerla entre el enemigo y nosotros, para tener tiempo de reorganizarse y volver á emprender las operaciones. De modo que la fortificación no ha de inspirarse en la idea de que la tropa haya de batirse detrás de sus muros, sino de garantizar la mejor utilización del terreno, la movilidad y la capacidad de maniobra, para favorecer á la ofensiva.

De una manera análoga, tampoco una plaza debe servir para la defensiva absoluta. La fortificación es un arte que se transforma sin cesar. Después de muchos años de trazados artificiosos y de un tecnicismo asfixiante, se ha vuelto al buen camino: un campo de acción sobre un terreno ya favorable y reforzado con los medios técnicos más enérgicos. Pero esto no basta, se impone que al proyectar una plaza el ingeniero se represente la guarnición animada de un espíritu ofensivo y procure enlazar entre sí las diversas obras de modo que se facilite y favorezca la acción ofensiva, teniendo presente que el bello ideal de la fortificación es armonizar el terreno con el arte, hasta conseguir que el sitiador se transforme en sitiado. Para ello es menester que el ingeniero no sólo sea un técnico, sino que esté impregnado de los principios tácticos, lo que requiere que su instrucción profesional corra parejas con su educación militar.



Al principio, el ataque de una plaza se reputaba operación técnica y su dirección competía á los ingenieros; después, la artillería ocupó el primer lugar porque con su tiro rendía y destruía las fortalezas. Pero hoy el ataque de una plaza es una operación de guerra como las demás, y su dirección compete exclusivamente al comandante en jefe, puesto que el éxito requiere que todas las armas obren conjuntamente de acuerdo, y el mismo comandante es el que indicará á cada arma su cometido particular.

Las fortalezas, como campo de batalla bien preparado que son, aumentan hasta el extremo la fuerza de combate del defensor y el efecto de sus armas y paralizan los medios del atacante. Todo se reduce á utilizar bien el terreno y reforzarlo, lo que se compendia en la frase "trabajos de ataque,.". Resulta de ahí una lucha encarnizada que conduce al ataque paso á paso, en el cual no basta el valor personal y el buen empleo de las armas, sino que es menester saber vencer todos los obstáculos naturales y artificiales. Se necesita para ello oficiales y tropas especiales, que son los de ingenieros, los cuales por este hecho han de ser necesariamente consultores de los generales. El combate de sitio no tiene una sola fase en la que dejen de ser necesarios los ingenieros; la dirección del ataque, las comunicaciones, las condiciones operativas, no pueden resolverse sin previa consulta á los ingenieros y artilleros. La fortificación campal es también en este caso muy necesaria, para conservar unas posiciones, reforzar otras, asegurarse en los puntos importantes, etc. Cuanto más se reconcentra la lucha alrededor de un punto, tanto más necesaria es la acción de los ingenieros. Donde la artillería no pueda obrar sus efectos de destrucción, hay que acudir á los ingenieros, en particular contra los órganos de flaqueo de los fosos y los obstáculos de todas clases. Se habrá asimismo de recurrir al ataque por la mina, al empleo de granadas de mano, voladuras, improvisación de defensas y su destrucción, etc. La defensa no se llevará en buenas condiciones si está únicamente animada de un espíritu pasivo; la acción ofensiva impone ingenieros que posean algo más que conocimientos técnicos: han de estar inspirados en los principios tácticos, comunes á todo el ejército.

En lo relativo al empleo de los ingenieros en la guerra campal, ni en las campañas de 1866, ni en la de 1870-71 se los supo utilizar con éxito; parecía como si se tratase de fuerzas que no eran militares y sólo propias para servicios de retaguardia. Durante bastantes años, los ingenieros permanecieron obscurecidos, entregados á la labor de construcción de fortalezas y al parecer bajo el peso de que sus servicios no serían muy necesarios en campaña. Pero cuando la infantería comenzó á adoptar los modernos métodos de guerra, este estado de cosas varió rápidamente; se ofreció entonces á los ingenieros un nuevo y vasto campo de acción.

Las últimas guerras han demostrado que la más enérgica ofensiva es impotente contra las armas modernas, sino se sabe conducir hábilmente.



Ese efecto de las armas que ha provocado nuevas formas tácticas y ha inducido á utilizar mejor el terreno, obliga á la tropa más animada del espíritu de ofensiva á valerse de nuevos medios de combate. Para vencer hay que conservar las fuerzas propias y procurar á las armas el empleo más ventajoso; la fortificación campal resuelve ambos puntos si se la sabe aplicar con buen criterio.

El autor de "Taktischen Ruckblicke,, dice: "entre nosotros los atrincheramientos han caído en descrédito porque se alega que son perjudiciales al espíritu de ofensiva que debe presidir esencialmente en la dirección de la guerra,,. Contra esta opinión podrian citarse muchos ejemplos que muestran todo lo contrario.

Del modo de aplicar la fortificación de campaña depende que sea útil ó dañosa. El que quiere triunfar no ha de buscar el éxito en combates en trincheras y tras espaldones de baterías, sino que sólo verá en unas y otros los medios de asegurar movimientos preconcebidos, conservar el mayor tiempo posible el terreno conquistado y cohibir la dirección y la ejecución del ataque enemigo hasta supeditarlos al propio; sobre todo se valdrá de la fortificación para no emplear fuerzas en empresas secundarias, con objeto de tener disponibles la mayor parte para el momento decisivo. Todo esto lleva en sí un concepto profundamente ofensivo, de suerte que la fortificación de campaña tiende cada día á ser más ofensiva para servir al ataque.

Los reglamentos actuales recomiendan á los oficiales y á las clases formaciones muy sutiles y el economizar las fuerzas y no exponerlas al fuego inútilmente, antes al contrario cubrirlas, y esto no por razones humanitarias, sino para disponer de la propia inteligencia y de la propia energía al servicio de la causa por la que se combate. Siempre habrá ocasiones al frente del enemigo para poner á prueba el heroísmo.

Todo depende de la educación y del espíritu que da vida á la forma. Sería un grave error querer que los tiradores más avanzados se atrincherasen durante el ataque, como principio general. Casi siempre el terreno ofrece abrigos suficientes, pero el ojo no acostumbrado no los descubre. De todos modos, el atrincheramiento en la línea de fuego será siempre útil, y por lo tanto se le debe enseñar y practicar. Más importante es todavía atrincherarse en el ataque cuando éste se efectúa por sostenes algo retrasados, porque el avance se hace entonces menos expuesto, y los atrincheramientos construidos servirán para oponerse á los contra ataques, reorganizarse en caso de ser rechazado, formarse, descansar, etc. No sufrirá por ello el espíritu de ofensiva, puesto que sólo se trata de un medio más para conducir directamente al éxito.

Muchísimo más necesario será el atrincherarse en el ataque contra posiciones fortificadas, toda vez que se estará en un caso parecido al de la guerra de sitios

• No es el medio el que tiene valor por sí mismo, sino su manera de



emplearlo. El mejor fusil es malo en manos de un tirador inexperto, y el más excelente caballo de nada sirve si el jinete no es bueno. Hasta ahora se ha procurado sacar partido del cañón y de la caballería, y se impone utilizar bien así mismo los ingenieros. Hoy día que la técnica está tan desarrollada y se aprecian tanto los servicios de los ferrocarriles, el telégrafo, la aerostación, ¿habrá quien desconozca la utilidad del arte del ingeniero? Hasta cierto punto se explica que se dé más importancia á los medios técnicos expresados que á los del zapador, porque tales progresos se emplean en la paz y todos los ven, mientras que las obras de guerra de los ingenieros sólo se aplican durante la guerra. Comprender su espíritu y emplearlas con criterio requiere estudio y práctica, y tal vez esas tropas son las que están en peores condiciones para ejercitar su iniciativa por falta de ocasión. De esta deficiencia nace el error de que la fortificación sólo sirve para la defensiva, pero este error se disipará en cuanto los comandantes superiores reconozcan la fuerza inmanente que aquella lleva en sí misma.

Un gran obstáculo para desarrollar la educación y la instrucción de los ingenieros se encuentra en los ejercicios del tiempo de paz, porque se desarrollan demasiado rápidamente para que la obra de los zapadores, que exige tiempo, pueda hacerse visible; además, se necesitan materiales y elementos, que en tiempo de paz no se pueden ó no se quieren adquirir. También hay que decir que las compañías de zapadores no poseen los suficientes medios de transporte, y ha de decirse que una compañía de estas tropas sin carruajes es como una batería sin cañones.

En conclusión, debe cesar este estado de cosas. Es menester que el servicio del ingeniero esté al alcance de todo el ejército y que éste lo aprecie. La naturaleza y el empleo de sus medios técnicos de combate han de estar siempre inspirados en las exigencias tácticas y de las operaciones.

El mariscal Moltke, hablando del general Niel, comandante de las tropas francesas en 1859, dice: "se le presentaba la ocasión de mostrar que el ingeniero, el cual había dirigido el sitio de Sebastopol, había triunfado, porque comprendía la guerra sin hacer distinción si los medios empleados eran minas ó zapas ó combates en campo abierto.. El ingeniero que comprenda bien éstas palabras se encontrará siempre á la altura de su cometido y contribuirá á que el espíritu de ofensiva no se pierda en el ejército.

